

Lucía Puenzo  
LOS INVISIBLES

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

LUCÍA PUENZO  
LOS INVISIBLES

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: mayo de 2021

© Lucía Puenzo, 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-968-6  
Depósito legal: B. 5.206-2021  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Antes de que aparecieran por Once ya habían escuchado el rumor: andaban reclutando chicos para trabajar en Uruguay todo el verano. A la Enana la siguió varias cuadras una señora rubia antes de que ella se diera vuelta para preguntarle qué quería. La había visto en la pizzería en la que les separaban las sobras cada noche. La mujer le preguntó si le interesaba trabajar en otro país un par de meses. Les iban a dar casa y comida. Sin acercarse la Enana le preguntó a cambio de qué.

—Lo mismo que hacés acá con tu hermano y el otro pibe.

—¿Y vos qué sabés qué hago?

—Lo de las casas. Dicen que son los mejores.

—¿Quién dice?

—Guida.

Muchos guardias de seguridad de la Zona Norte andaban en lo mismo: los llamaban cada vez que los dueños de las casas que cuidaban se iban de viaje o a sus casas de fin de semana. Los pibes seguros eran oro en polvo, sabían entrar a las casas sin dejar rastros y no boqueaban sobre lo que hacían.

Guida había tenido a varios chicos a prueba, pero ninguno les llegaba a los talones al trío que formaban la Enana, Ismael y Ajo. No había casa a la que no logaran entrar por alguna ventana mal cerrada. Ajo tenía seis años pero era el más hábil de todos, trepaba las paredes cubiertas de enredaderas con la velocidad del hombre araña. Era diminuto para su edad, aunque tenía la mirada de un hombre adulto. El día que la Enana se lo presentó, Guida le pidió que se lo llevara. Era arriesgado trabajar con pibes tan chiquitos.

—Yo empecé con usted a los nueve.

—No es lo mismo que seis.

—Hace lo que yo le digo —insistió la Enana.

Guida miró a Ajo de pies a cabeza.

Hacía tiempo que Ismael había pegado un estirón y la Enana se había llenado de curvas, las cosas empezaban a complicarse. La clave era contar con alguien que pasara por lugares impensables.

Ajo le sostuvo la mirada, firme como un soldado.

—Hago lo que ella me dice —repitió.

—Pruébalo.

—Si no sirve no lo traemos más —remató Ismael.

Guida asintió. Conocía de memoria los puntos débiles de las casas y las rutinas de los dueños. Era lo único que hacía: observarlos. Si tenían perros les daba una bolsita con carne picada en la que molía calmantes. Si las casas tenían alarma, además de la carne picada les daba otra bolsita con caca de gato. Ese primer día, Ajo entró a un caserón inglés que ocupaba un cuarto de manzana en una cuadra arbolada de Acassuso.

Entró por un agujero en el alambrado que había detectado Guida, una rotura que debía ser la hazaña de alguna comadreja bien alimentada. Como un contorsionista, pasó el brazo izquierdo, la cabeza y recién después el torso, a presión, y no se quejó cuando la punta del alambrado le hizo un corte en el hombro. La Enana le había aclarado que iba a tener una única oportunidad para impresionar a Guida. Una vez adentro, miró el jardín arbolado y respiró hondo.

Tenía las manos transpiradas y la boca seca.

Abrió la bolsita con carne picada y esperó.

Los ovejeros aparecieron un instante después: el más viejo hizo un sonido extraño, mezcla de gruñido y bostezo; el cachorro movía la cola antes de acercarse... Segundos después tenía a los dos comiendo de su mano. Ajo hizo un silbido corto, como le había indicado Ismael. Siguió de largo hacia los ventanales que daban al jardín. Guida le había dibujado un precario planito de la planta baja sobre la tierra.

Buscaba una ventanita redonda del baño de invitados, de unos cuarenta centímetros de diámetro, la única sin rejas, que los dueños siempre dejaban entreabierta para ventilar. Los perros lo siguieron todo el camino, lamiéndole las manos. Encontró la ventanita minutos después: estaba a unos tres metros de altura, apenas visible entre la enredadera.

Hizo dos silbidos cortos antes de treparse.

La empujó con una mano. En la penumbra vio unos ojos amarillos mirándolo desde la puerta del baño. Era un gato obeso y peludo.

Tenía la cabeza torcida hacia la derecha, como intentando comprender qué estaba pasando. Detrás, vio un pasillo alfombrado casi a tono con el pelaje del animal.

—Gato puto —susurró Ajo—. Rajá.

Coronó la frase con un sonido que imitaba al gato más temible de su barrio, esos que hacían aterrorizar a los perros. Antes de que lo terminara el animal salió disparado escaleras arriba. Una vez adentro, se sacó las zapatillas para pisar la alfombra. Tenía las medias casi pegadas a la piel, hacía semanas que no se las cambiaba. Frunció la nariz al sentir un olor rancio, que al instante reconoció como propio. Cinco minutos después le abrió la puerta a su hermana con una sonrisa triunfante. Hizo las cosas tan bien que la semana siguiente Guida les pidió que lo sumaran.

—Eso sí: que se bañe.

—El tufo no se le va ni aunque lo meta en lavandina.

—No importa, piba, inventá algo.

Su hermano comía dientes de ajo como caramelos. La idea de que el ajo cura todo se la había metido en la cabeza su abuela. Le hacía chupar un diente de ajo hasta dormirse, mientras le acariciaba el entrecejo. Si se concentraba todavía sentía el dedo índice de su abuela dibujando círculos imaginarios en su frente. Esa noche la Enana le prohibió volver a meterse un ajo en la boca.

—Es la condición para que trabajes.

—Pero...

—¿En qué quedamos vos y yo?

—Trabajo o vuelvo a la casa.

—Elegí.

A su hermano se le dilataron las pupilas con la amenaza. La llamaban así: *la casa*. Le tenían más miedo que al infierno. Entregó el puñado de dientes de ajo que tenía escondido en la mochila y se zambulló en la abstinencia con la decisión de un fundamentalista. Nadie iba a sacarlo de la calle, ni a alejarlo de su hermana y de Ismael. Cambió un vicio por otro: pasó la siguiente semana trepándose por los vagones y las paredes de la estación para olvidar ese gustito que era lo único que lo calmaba. Cuando volvieron a la Zona Norte sorprendió a todos subiendo por una pared de ladrillos que tenía un tragaluz a doce metros del suelo. Guida miró la hazaña desde su garita, boquiabierto, pensando qué hacer con el cuerpo cuando se desnucara.



ra. Pero Ajo se trepó con la destreza de un andinista profesional y se sumergió de cabeza en el tragaluz.

En pocas semanas se transformó en un experto.

Rogaba que la alarma de la casa a la que entraba sonara: en esas ocasiones doblaba las rodillas y caminaba como un ninja, imaginando enemigos en cada rincón. Abría una ventana de par en par, espolvoreaba la caca de gato sobre la alfombra y se escondía. Elegía los cuartos de los hijos varones como escondite. Se llevaba algún juguete para entretenerse hasta que escuchaba la puerta de entrada abriéndose, pasos en la escalera y voces.

La Enana le había enseñado que esa era la señal para quedarse quieto como una estatua. Guida siempre recorría la casa con los empleados de la empresa de seguridad privada. Dejaba que fuera otro el que descubriera la ventana entreabierta y los rastros del gato que había entrado a la casa, haciendo sonar la alarma. Él mismo se ocupaba de limpiar y de cerrar la ventana. Antes de salir hacía un llamado al dueño de casa, delante de los empleados de la empresa, para tranquilizarlo sobre la falsa alarma. En diez o quince minutos la casa volvía a quedar en silencio. Ajo contaba hasta cien antes de salir de su escondite para abrirle a Ismael y la Enana.

Repetían siempre la misma coreografía.

En la cocina su hermana agarraba un cuchillo, abría la heladera y cortaba rebanadas de lo que estaba permitido comer. Lo suficiente para llenarse sin que nadie notara que habían estado picoteando.

Ismael y Ajo esperaban con la vista fija en el pollo frío, los restos de pastas, la fiambarrera con jamón crudo, quesos y dulce de batata. Cuando la Enana terminaba agarraban las presas con la mano. Durante unos minutos devoraban en silencio. En las alacenas tocaban únicamente lo que estaba abierto. Cuando no tenían más hambre, limpiaban los rastros y dejaban todo en el mismo lugar.

Después se dividían para rastrillar la casa.

Los tres tenían claro el acuerdo con Guida: solamente podían llevarse el chiquitaje. Si había cubiertos de plata no elegían más que cuatro o cinco piezas.

De las joyas, una.

Así con todo: siempre en dosis invisibles.

El objetivo era que el robo pasara desapercibido.

En los días siguientes a su regreso los dueños irían notando que faltaban objetos. Pero tardarían semanas (incluso meses) para terminar de entender todo lo que faltaba. Nunca lo adjudicaban a un mismo robo. Casi siempre las empleadas domésticas cargaban con las sospechas, acusaciones y despidos. Si se pasaban de la raya con el tiempo, Guida hacía sonar el teléfono de las casas una vez para avisarles que era tiempo de salir. Una vez afuera los veía alejarse por la vereda, cada uno por separado. No tenía contacto con ellos hasta una semana después. Levantaba a Ismael con su Peugeot a un par de cuadras de Once y repartían el botín ahí mismo en el auto.

Guida sabía que se quedaban con más de lo que admitían, por eso les exigía siempre lo mismo: quince piezas de valor por cada robo. Se había ocupado de que Ismael y la Enana tuvieran la suficiente información sobre él como para que no se les ocurriera engañarlo: sabían que era un ex policía, con amigos en las comisarías de Once y Martínez. Habían escuchado historias de lo que les hacían a los chicos que abrían la boca. Antes de recomendarlos para el trabajo en Uruguay llevó la prueba un poco más lejos: un patrullero detuvo a la Enana a dos cuadras de una de las casas que robaron, a Ajo sentado al lado del puesto de diario en el que tenía indicado esperar a su hermana y a Ismael en el andén de la estación de Acassuso.

Les pidieron los documentos (que ninguno tenía), revisaron las mochilas y desparramaron sobre el capot del auto los objetos que se habían llevado de la casa. No mencionaron el nombre de Guida ni admitieron de dónde habían sacado los cubiertos de plata, el reloj, la cadenita de oro blanco y las zapatillas importadas. Ajo les sostuvo la mirada en silencio cuando le preguntaron quién le había dado los juguetes que llevaba en la mochila. Sabía de memoria el libreto de lo que tenía que decir... Ismael y la Enana habían entrado media docena de veces en centros de alojamiento para fichaje y averiguación de antecedentes. Para Ajo fue la primera detención, pero las noches de ensayo con la Enana rindieron sus frutos: respondió con la mezcla justa de res-

peto y total conocimiento de sus derechos. Quince minutos después les dijeron que podían irse. Ismael se lo dijo clarito mientras volvían en tren a Once:

—Nos probaron.

La Enana asintió. Sabía que si no hubieran reportado la detención de inmediato, y ahora estarían de camino a un instituto.

Ajo los miró a ambos, perdido.

—¿Qué pasó? ¿Qué probaron?

—Nada, Ajo.

—Pero estuve bien, ¿no?

—Muy bien.

—In-cre-í-ble estuve —repitió.

—Callate y dormí.

Cerró los ojos, pero no pudo dormir en todo el viaje de regreso.

Y no fue sólo por el miedo de haber estado frente a un policía por primera vez. Algo más estaba pasando. En medio de la noche vio a Ismael y la Enana hablando en susurros, en el colchón que compartían. Lo mandaron a dormir a su rincón al verlo acercarse.

Al día siguiente Guida llamó para avisar que los tres pibes eran de los buenos. Les había marcado a la Enana unos días antes, señalándoles desde el auto la esquina en la que paraban. Habían acordado cuánto le correspondía a él por prescindir de sus tres mejores chicos durante el verano. No hizo falta que hiciera las cuentas: salía ganando.

Esa misma tarde la rubia encaró a la Enana.

—Te invito a comer y te cuento.

—No tengo tiempo ahora.

—Una hamburguesa —insistió.

A la Enana se le llenó la boca de saliva.

Cuando levantó la mirada tenía a la rubia encima.

En una confitería de Once le dijo que, si aceptaban, tenían que estar a las seis de la madrugada del día siguiente en un embarcadero del Puerto de Frutos del Tigre. Iban a cruzarlos en lancha hasta Carmelo y de ahí por tierra. No terminó la frase. Pidió una hamburguesa para comer ahí y dos para llevar. La Enana se quedó esperando que le explicara dónde, cuánto y cómo, mientras la rubia miraba su reloj. Llegaba tarde al bautismo de su ahijado. Le pidió la cuenta al mozo con una seña, mientras le sonreía con la dulzura de una madre.

—¿Conocés el mar?

Se levantó sin darle tiempo a hacer preguntas.

—Si aceptan van a conocer el mar.

Puso un billete de cien pesos sobre la mesa.

—Es casi como irse de vacaciones —dijo.

Y se fue.

Ismael escuchó la propuesta en silencio.

Cuando Ajo preguntó qué era Uruguay y cómo era el mar, encendió un cigarrillo y se alejó hacia la puerta del vagón abandonado en el que dormían hacía más de un año. Siempre funcionaban igual: la Enana era temeraria, le decía que sí a casi todo. Ismael, por el contrario, desconfiaba. Olfateaba el peligro a un kilómetro de distancia.

—Es como el río pero azul.

—¿Igual de grande?

—Más. Tiene tiburones —le respondió la Enana—. Y aguavivas.

—¿Se comen?

—Todo se come. Tienen pelos que pican.

—La abuela hacía buñuelos de todo, ¿te acordás?

—Tenés que parar de hablar de la abuela, Ajo.

—¿Por?

—Es de puto.

Fue lo único que dijo Ismael después de escuchar el cuento de la Enana y la rubia. Todavía no había tocado la hamburguesa que ella apoyó sobre sus piernas. Ajo tardó medio minuto en encontrar un insulto que le doliera. Lo encontró de golpe y sonrió, triunfante.

—Tomar clases de teatro también es de puto.

Retrocedió al ver que Ismael se le venía encima.

—Decilo de nuevo y te rompo el culo.

—Tomar clases...

Cerró la boca antes de terminar la frase.

Le gustaba ver a Ismael enojado, pero con otros.

Había dado en la tecla: aunque no se lo contara a nadie, Ismael tomaba clases de teatro en un centro cultural de San Telmo. A los nueve años se había conseguido un trabajo limpiando el piso y los baños de un cine del microcentro. Primero consiguió que el acomodador lo dejara limpiar los vidrios, después el hall y los baños. El viejo lo hacía por interés: el pibe le sacaba de encima lo

más pesado, y lo único que pedía a cambio era dormir en los asientos del fondo. Ahí adentro Ismael podía dormir hasta las dos o tres de la mañana sin temblar ni mojarse. También podía cenar, aunque el menú fuera siempre el mismo: el piso estaba regado de pochoclos, la base de los asientos de chicles que todavía tenían gusto si los masticaba con fuerza. Había bandejas con restos de pizza, de panchos, de queso fundido endurecido como una lámina de plástico. El acomodador lo despertaba al final de la última función. A esa hora quedaban pocas horas hasta el amanecer, tenía la panza llena y el cuerpo tibio. La primera noche se despertó con el grito agudo de la protagonista de *Alien*. Alcanzó a ver cómo un bicho desagradable le arrancaba las piernas y los brazos a una pelirroja antes de tragársela entera. Nunca había visto una película y menos en pantalla grande. Se agarró del brazo de un gordito de rulos que veía la película en la trasnoche por segunda vez. Preguntó adónde era eso, y el gordito le respondió sin mirarlo: a cuatrocientos kilómetros de la Tierra.

—Me jodés —dijo Ismael.

Aunque la distancia no le decía nada. El gordito se lo sacó de encima inclinándose hacia delante. Ismael se hundió en el asiento, pero ya no cerró los ojos, esa noche ni ninguna otra. Observó cómo el bicho escupía los huesos de su presa. Aplaudió al verlo escupir el cráneo. Le chistaron desde adelante. El acomodador lo hizo salir de la sala y lo metió en el baño de hombres.

—¿Vos me querés meter en un quilombo a mí?  
Ismael dijo que no, todavía excitado por las imágenes.

—Ese bicho —balbuceó— ¿existe?

El acomodador lo miró primero con desconcierto y después con una ternura que no había sentido en décadas. Encontró en Ismael el depositario silencioso de una cultura cinematográfica desbordante. Esa pregunta inocente dio pie a una respuesta que tardó cinco años en responder: abarcó desde los aspectos más técnicos a los más filosóficos de la realidad y la ficción. Cuando terminó, Ismael tenía catorce años y era un fanático del cine de terror. Hacía meses que estudiaba en secreto en un taller de teatro que daba la sobrina menor del acomodador, en un Centro Cultural de San Telmo. Fue ahí que conoció a la Enana, en el baño. Tenía la cara llena de golpes, moretones en el cuerpo, sangre seca en la boca, ojos rabiosos y la ropa todavía mojada.

La llevó a la casa del acomodador, que vivía a dos cuadras del centro y cada tanto lo dejaba darse una ducha a cambio de que le hiciera unas changas. La Enana nunca le contó de dónde venía ni qué le había pasado. Tampoco le preguntó si podía quedarse con él. Cuando el acomodador lo llamó para que se llevara a la piba de su casa, ella lo siguió hasta la plaza en la que vivía, comió de sus sobras y se mantuvo en silencio cuando él le dijo a otros chicos que ella estaba con él.

Ismael había crecido en esa plaza.



Llegó a Once más chiquito que Ajo, con una adolescente de quince años que había sido su hermana hasta que resultó ser su madre, y que lo abandonó ahí mismo dos meses después. A veces cerraba los ojos y trataba de verla: se acordaba del buzo que siempre llevaba puesto, más que del buzo del olor que tenía el buzo, y de esa risa que no le gustaba. Nada más. La primera vez que vio a la Enana creyó que era ella. Estaba tan mareado por la mezcla de todo lo que se había metido adentro que tardó en entender su confusión: esa que había sido primero su hermana y después su madre ya debía tener casi veinte años y no los trece con los que habían llegado a la plaza. Se paró delante de la Enana y tuvo que agarrarse del marco de la puerta para mantenerse en pie.

—Aunque llores no me voy a ir con vos.

Ella se secó los mocos y lo miró, confundida al ver tanto amor y tanta rabia titilando en ojos desconocidos.

—¿Me escuchaste, nena?

Ismael se acuclilló a su lado y le levantó el mentón.

—Aunque me ruegues... Me quedo acá.

La Enana se lo sacó de encima con un empujón.

—Dejame, idiota.

No fue la única vez que las confundió.

Algo en los ojos y el olor de la Enana lo llevaba de regreso a esa otra chica. Se dio cuenta la primera noche que durmieron juntos, por la mezcla de emociones que sintió entre polvo y polvo.

Cuando se quedaba quieto, la cabeza apoyada sobre las tetas de la Enana, escuchando cómo la respiración de los dos se iba calmando, no sabía si tenía tres años o catorce, ni si esa que lo abrazaba desnuda era su hermana, su mamá o la que iba a ser su novia de ahí en más. Pero si ella lo abrazaba, él dormía. Y hacía años que no dormía la noche entera de corrido.

—No vamos —decretó, después de escucharla.

Le gustaba la plaza y el rincón en el que vivían. Los locales de comida los alimentaban. Los policías los dejaban en paz. Nadie se metía con ellos.

—Yo quiero ir —dijo Ajo.

—Vos no votás.

—Si no venís vamos solos —lo interrumpió la Enana. Mentía. No iba a animarse a una movida tan grande sin Ismael.

Todos habían escuchado historias... El médico que daba vueltas por Once levantando pibes. Ofrecía casa y comida a cambio de pasar una noche con él.

Las chicas que se llevaban al norte y nunca volvían. Los policías que los usaban como carne de cañón. En medio de la noche, la Enana sintió el cuerpito de Ajo reptando entre ambos.

Temblaba.

Lo dejó acurrucarse contra ella y volvió a dormirse. A la madrugada la despertó con la mochila colgada.

—¿Vamos?

—Sin Ismael no.

Ese domingo Guida fue a buscarlos a la plaza. Dio un par de vueltas a bordo de su auto, y frenó al ver a Ajo abriendo puertas de taxis en una esquina. Adelantó el auto unos metros y le hizo una seña. Ajo asintió y corrió a avisarle a su hermana. Diez minutos después entraban los tres al bar en el que Guida los esperaba siempre, con una pizza grande y tres gaseosas. Los dejó calmar el hambre unos segundos antes de abrir fuego.

—Me hicieron quedar mal.

—¿Con quién?

—Con mis amigos.

Le hizo una seña al mozo para que le trajera otra cerveza.

—Yo los recomendé para el laburito en Uruguay.

Había sido una carta que prefería no jugar de entrada. Siempre era mejor que los pibes supieran lo menos posible sobre quién conocía a quién. Pero necesitaban un empujón.

—¿Por qué no fueron?

La Enana miró a Ismael, que se encogió de hombros.

Guida entendió de inmediato que ella quería ir, pero él dudaba.

—Es gente de confianza. Los van a ir rotando por la costa, haciendo lo mismo que hacen acá. Nada nuevo, no hay sorpresas. Son tres meses nada más. No pueden ser tan giles de perderselo... ¿Sabés cuántos pibes matarían por una propuesta así?

Guida esperó.

Ismael seguía masticando sin levantar la mirada. Más precavido que ningún otro pibe de los que conocía.

—Este verano yo no voy a estar por acá —insistió.

—¿Adónde va?

—No importa. La cosa es que no estoy. No van a tener trabajo. Por eso los recomendé a ustedes. ¿Vos confiás en mí?

Ismael asintió, sin mirarlo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Entonces mirame.

Esperó unos segundos, sosteniéndole la mirada.

—Pagan mil el mes, por cabeza. Puedo arreglar para que la plata me la den a mí, y la pasan a buscar cuando vuelvan. Entre los tres se vuelven con nueve lucas en el bolsillo.

Ismael terminó su porción de pizza en silencio. Guida, su cerveza. La Enana ya no comía, hacía fuerza mirándolo. Nueve lucas, pensaba. Tenía planes para todo lo que iban a hacer con esa plata. No respiró hasta escuchar la pregunta de Ismael:

—¿Cómo nos cruzan?

Bingo, pensó Guida.

Pero no sonrió, ni siquiera pestañeó.

—Yo los llevo hasta el Tigre.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Cómo ahora? —preguntó la Enana.

—¿Vos te creés que es fácil cruzar menores sin papeles? Es casi imposible. Digo casi porque no somos una banda de improvisados. Ya tachamos de la lista los buques grandes, Colonia, Montevideo, cruzarlos por tierra, por aire ni hablar... Pero gracias a Dios existe el Delta.

—¿Qué es el Delta? —preguntó Ajo.

Guida no le contestó, ni siquiera lo miró.

—Si hacen lo que les digo, van a cruzar —le dijo a Ismael.

Sacó una birome que traía en el bolsillo de la camisa, agarró una servilleta y dibujó algo que pretendía ser un muelle con varias lanchas.

—Abordar en el puerto del Tigre es imposible. Viajar entre los pasajeros también. Así que van a ir acá.

Clavó la punta de la birome en uno de los óvalos. Lo hizo con tanto ímpetu que Ajo saltó en su asiento. Aunque fingía ser un profesional, el vértigo que sentía apenas le entraba en el cuerpo.

—En el techo. Entre las valijas.

Al ver que una mujer los miraba, siguió hablando en voz baja.

—Llegar hasta ahí tampoco es fácil. En el puerto está Prefectura. Las lanchas son bajas. El techo queda demasiado expuesto. Las estacionan una al lado de la otra. Ahí está la clave, ¿yo qué les enseñé?

—Siempre hay un punto débil —dijo la Enana. Guida asintió.

—Siempre, y acá está en el techo. A las lanchas las estacionan pegaditas y en paralelo a la costa. El personal salta de una a otra para maniobrarlas. Ustedes van a estar escondidos. Tengo un amigo que es el conductor de este barco, nos va a esperar hoy a las ocho a unos kilómetros del puerto. Va a estacionar la lancha al lado de otra que zarpa mañana temprano rumbo a Nueva Palmira. Cuando amanezca van a escuchar movimiento. La lancha pegadita a la suya, a la izquierda, se va a ir llenando. La parte de abajo de pasajeros, el techo de bártulos. Ustedes van a esperar, quietitos, acostados boca abajo, sin moverse, sin hablar. Cuando estén todos arriba el conductor va a encender el motor. Es la señal para que pasen de un barco al otro. Lo hacen callados, rápido, como ustedes saben. Se acuestan en el techo del otro barco y esperan.

—¿Cuánto dura el viaje? —preguntó Ismael.

—Tres horas. Cuando lleguen a Nueva Palmira no hacen nada. El que baja las valijas va a saber que ustedes están ahí arriba. Los va a ver, pero no van a abrir la boca. Se van a quedar ahí hasta que oscurezca. Cuando todo esté negro a su alrededor van a escuchar el motor de una camioneta. Va a frenar a cien metros de la lancha y les va a hacer luces. Es la señal para que bajen.

Ismael asintió.

—¿Y después?

—Ellos les van a explicar cómo sigue después. Se levantó y estiró las piernas.

—Voy a pagar. Piensen, hablen. Vuelvo y me dicen sí o no.

Caminó hacia el baño saboreando el negocio que había hecho de un saque: su parte por subirlos a esa lancha era diez veces la de ellos.

—¿Por qué todo tan rápido? —preguntó la Enana.

—Para que no hablemos con nadie.

Ismael le respondió con la vista fija en la pizza que se enfriaba frente a sus ojos. Siempre lo mismo: olía el peligro, imaginaba lo que venía, quería correr en la dirección contraria y caminaba directo hacia el desastre.